

# LAS CRIADAS DE CAIFÁS

Beatriz Becerra Basterrechea



EDICIONES EL ANDÉN · BARCELONA · 2008

Primera edición en esta colección: septiembre, 2008

© Beatriz Becerra Basterrechea, 2008

© de la presente edición, 2008, Ediciones El Andén, S.L.

Avenida Diagonal, 520, 4<sup>o</sup>1<sup>a</sup> - 08006 Barcelona

Mapa de Palestina incluido por cortesía de Editorial Edhasa

© Fotografía del osario de Caifás, siglo I d.C. (The Israel Antiquities Authority):  
The Israel Museum, Jerusalem

Diseño de portada: somosene.com

Imagen de cubierta: «Thisbe», John William Waterhouse, 1909

Printed in Spain

ISBN: 978-84-92475-36-0

Depósito legal: B.33.763-2008

Fotocomposición: gama, sl

Aristides Maillol, 9-11 - 08028 Barcelona

Impreso por: LIBERDÚPLEX, S. L. U.

Ctra. BV 2249 Km 7,4. Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons (Barcelona)

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

TNA 4 7 5 3 6 0

Las palabras crean las cosas.

FILÓN DE ALEJANDRÍA

Hay tres cosas que nunca vuelven atrás: la palabra pronunciada, la flecha lanzada y la oportunidad perdida.

PROVERBIO CHINO

Hágase en mí según tu palabra.

MIRIAM DE NAZARET



*Shalom, querido amigo:*

*Sí, soy yo. Y sí, la tengo. Aquí está la historia de la que tanto te hablé, a la que tanto eludí, sobre la que tantas veces especulamos. Ahora la tienes en tus manos, literalmente, para que puedas leerla antes que nadie, como te prometí un día. Sé que desaparecer del mapa de esta manera durante año y medio no ha sido precisamente muy bonito por mi parte. Aquel día de diciembre en que dejé la editorial y me despedí de ti en la puerta de tu despacho de cristal, ninguno de los dos imaginamos que pasaría tanto tiempo sin vernos, después de años trabajando juntos a diario. Pero necesitaba tiempo para tomar tierra, y afrontar nada menos que toda una vida antes de ponerme a escribir.*

*Te conozco, y me imagino que, superada la sorpresa de encontrarte este sobre con mi letra, y tras un apunte de enfurruñamiento por mi inesperada reaparición, estarás deseando hincarle el diente al borrador que te envió. Pero me vas a permitir que siga siendo tan mandona como siempre (te gustaba ¿recuerdas?), porque quiero ponerte una condición previa: que leas primero unas cuantas páginas, las últimas de mi último diario, el que escribí a principios del año pasado. Verás, es una cuestión de contexto. O de honor y palabra dada. Necesito que, al menos tú, entiendas sin asomo de duda el origen verdadero de esta historia.*

*Sé que no te sobra el tiempo, pero no te preocupes, no es muy largo. Pero sí imprescindible. Después podrás hacer lo que consideres conveniente con el manuscrito, porque mi deber estará ya cumplido.*

*Salud y buena lectura, compañero,*

ÁNGELA

Madrid-Jerusalén, febrero de 2007

Sólo ahora, de nuevo camino a Jerusalén, comprendo que todos mis pasos posteriores no han sido más que una preparación para volver. Aquel tiempo en Israel marcó todo lo que vino después. Un aprendizaje o una moratoria, qué sé yo, para convertirme en lo que soy y recuperar lo que fui. Para poder saldar mi deuda de memoria y cumplir la promesa hecha a una mujer sin nombre.

Hace casi diecisiete años que llegué a Israel por primera vez. Yo era por entonces una joven, desorientada y confusa, de veinticuatro. Llevaba una buena temporada aguantando estrecheces para mantener la independencia de un piso compartido, y recolectando un desengaño amoroso tras otro. Fruto de la pasión que mi padre me transmitió desde niña por sus orígenes judíos toledanos, había decidido estudiar filología hebrea en la Complutense. Me había licenciado con excelentes notas en filología bíblica trilingüe, ahí es nada, y ya llevaba casi dos años preparando sin mucho entusiasmo un doctorado tan extraño como correspondía a mi rareza vital: «Epigrafía sinagoga antigua». Entretanto, iba malviviendo gracias a traducciones mal pagadas para la universidad y algunas editoriales de poca monta. Y acababa de perder en un absurdo accidente de tráfico a mis dos hermanos pequeños.

No obstante, me consideraba toda una mujer, determinada a superar mi dolor aunque fuera a través de la huida (y por qué no, de una aventura). Así que no paré hasta encontrar la mejor manera de aunar mi afán de escape con mis inquietudes ancestrales: marcharme a un kibutz israelí para trabajar como voluntaria durante seis meses. En aquellos tiempos, eso del voluntariado por ahí fuera sonaba a chino. Y más si mentabas el polémico Estado de Israel y aquella especie de comunas colectivistas que no tenían nada de *hippies* y sí mucho de espíritu anarquista, revisitado desde la férrea voluntad y el practicismo de los judíos. Sin embargo, tenía la certeza de que aquél sería un modo idóneo de sortear la tristeza que me asfixiaba en esos momentos, y descubrir otra forma de ver el mundo. Tenía el firme convencimiento de que todo iría bien, y conservaba aún intacta mi confianza en la bondad de los extraños.

Llegué a Kfar Mordehai a mediados de mayo de 1990. Era un kibutz de tamaño medio, con unos novecientos habitantes, a una hora al sur de Jerusalén. Una especie de pequeña ciudad totalmente autónoma, un lugar encantador de construcciones nuevas de una o dos alturas, calles asfaltadas, arboledas y jardines, con edificios comunes (el comedor, las cocinas, la lavandería, el almacén, una oficina bancaria, otra de correos, incluso una peluquería) agrupados en el núcleo central. Había un centro deportivo con piscina y un centro cultural con sala de cine, teatro y conferencias, así como un dispensario médico.

Desde el primer día me fascinó la impecable organización y la filosofía de vida que regía en aquel lugar: que las personas puedan dedicarse a la comunidad sin ataduras, niños que cuidar o cocinas que atender. Los niños no vivían con sus padres, sino en un hogar-guardería-escuela, desde que nacían y hasta la edad escolar. En el límite de las casas de los residentes se levantaba un gran número de casitas de madera donde residíamos los voluntarios. Frente a la casa se extendía una explanada de césped rodeada de árboles. La parte trasera daba a una zona desierta que bordeaba todo el kibutz, rodeada a su vez por la valla metálica que protegía toda la periferia.

La principal actividad económica del kibutz era la agricultura: cultivo de cítricos (naranjas, limones y pomelos) y otros cultivos ex-

tensivos como el algodón y la remolacha (un ingrediente importante en la dieta judía y origen del azúcar). De modo que mi tarea durante los meses siguientes iba a ser recoger fruta en el *pardess*, que significa «huerto». Es la palabra de la que se deriva *paraíso*. El paraíso terrenal. Éramos unos cincuenta voluntarios en total, de todo origen y condición, asignados al campo. Mano de obra barata a la que Samuel, nuestro capataz jefe, trataba con paternales cuidados.

Nunca hubiera imaginado que me pudiera sentir tan orgullosa de algo hecho con mis propias manos. Era un sentimiento peculiar, que sobrepasaba esa boba satisfacción que había logrado hasta entonces con mis pretenciosos logros intelectuales y sociales.

Recuerdo con todo detalle mi primera visita a Jerusalén, que comenzó atravesando con pasos lentos y cierta concentración reverencial la Puerta de Jaffa, la más conocida y turística de las ocho puertas que dan acceso a la ciudad antigua. Enseguida me encontré en medio de un laberinto de calles estrechas con antiguos edificios de piedra, lugares santos de toda índole, ruinas históricas, mercados, tiendas... La sensación de reconocimiento y familiaridad era muy intensa: demasiadas películas, reconstrucciones documentales, fotos, ilustraciones, como para no retroceder en el tiempo de forma inmediata e identificarse al momento con aquellos lugares únicos. Sabía bien que la ciudad vieja estaba dividida en cuatro barrios, sin marca física alguna que los determinara, más allá de la religión de sus habitantes: el cristiano, el armenio, el judío y el árabe. Y que en el extremo oriental de la muralla que los circunda se levantaba la gran explanada del Templo, con la cúpula dorada de la Mezquita irguiéndose inconfundible en el centro.

Me dejé llevar por los olores y los sonidos en aquella primera inmersión, sin mapa ni preguntas. Fui encontrando muchedumbres de turistas ante los principales lugares santos, convertidos, en algunos casos, en caricatura de lo que debieron ser. Eran recintos pequeños, casi subterráneos en muchas ocasiones, en enjutas calles atestadas. Me gustó caminar entre los *basidim*, los judíos ultraortodoxos, en su barrio tranquilo, de casas bajas, patios y jardines en mitad del ajetreo de Jerusalén. Los hombres con sombrero, levitas negras y los rizos característicos colgando de las sienes; y las mujeres con la falda

por la pantorrilla, con los hombros celosamente tapados y el pelo recogido, cubierto con una pañoleta.

Desde los arcos solitarios sobre la gran explanada del Templo, contemplé el monte de los Olivos frente a la ciudad amurallada, majestuosos bajo la luz inequívocamente mediterránea. Observé aquella mezcla única de seres humanos que caminaba con devoción y curiosidad sobre la tierra probablemente más venerada en el mundo. Y me sentí también única. Y arrebatadamente feliz.

Los meses volaron como horas, y cuando quise darme cuenta, mi período de voluntariado en el kibutz estaba a punto de concluir. El último día de octubre de 1990, mis compañeras de cuarto (estadounidenses, suecas, danesas) organizaron para mí una fiesta de cumpleaños que sería a la vez de despedida: una cena en el barrio armenio con el resto de amigos del kibutz y otros estudiantes que habíamos conocido. Brindamos incontables veces por todo lo divino y humano, por el futuro luminoso que nos esperaba y por la amistad más allá de las fronteras. Yo cumplía veinticinco años. Antes de amanecer, cuando la oscuridad era aún completa, nos encaramamos en silencio a la muralla, y como cruzados de antaño, caminamos sobre ella, contemplando maravillados la ciudad bajo las estrellas.

Pocos días después yo estaba recogiendo mis cosas para regresar a Madrid. La tristeza por la proximidad del final de aquel tiempo me cubría el corazón, fina como un velo. Aún no hacía demasiado frío, y seguíamos dejando abiertas las puertas y ventanas de la casa. Con un alegre «Shalom», Samuel, el capataz que había velado por mí durante todo aquel período, apareció de pronto en mi cuarto. Pensé que venía a despedirse. Se sentó en la cama libre y, como quien no quiere la cosa, encendió un cigarrillo y comenzó a relatar-me unos hechos que habrían de cambiar mi vida para siempre.

Apenas dos semanas atrás, unos obreros que trabajaban con sus *bulldozers* en la construcción de un parque en el monte Talpiyot, a unas dos millas al sur de Jerusalén, habían encontrado por casualidad una cueva mortuoria. Nada nuevo, una más de las casi ochocientas tumbas que se habían hallado en los alrededores de Jerusalén. La Autoridad de Antigüedades de Israel fue informada inmediatamente de aquel descubrimiento accidental, y su arqueólogo jefe, Zvi Green-

hut, se presentó enseguida en la cueva funeraria. El techo se había derrumbado. Comprobó con una mirada rápida que había cuatro nichos alrededor de la cámara central, y contó hasta doce osarios diseminados en la cueva.

Los osarios, cajas de piedra caliza, de forma rectangular y unos treinta centímetros de ancho por setenta de largo, daban un segundo entierro a los huesos de las familias notables como almacenamiento permanente. Al producirse la muerte, el cadáver se dejaba en el sepulcro, una tumba excavada en la piedra, dándole tiempo para descomponerse. Un año más tarde, se recogían los huesos y se colocaban en los osarios. Esta práctica se limitó al corto período de tiempo que se conoce como Segundo Templo: los escasos cien años que precedieron a la destrucción del Segundo Templo de Jerusalén, en el año 70 d. C. De modo que aquellos osarios hallados en Talpiyot pertenecían sin duda a la era del Nuevo Testamento. E incluso podía ser que los restos depositados en ellos pertenecieran a personas contemporáneas de Jesús.

Seis de los doce osarios hallados en la cueva parecían haber sido expoliados, pero los demás, especialmente dos de ellos, se mostraban intactos. Greenhut los examinó con atención. El primero tenía una sencilla inscripción grabada: «QAFÁ». Y el otro... El otro era el osario más bellamente ornado que hubiera visto nunca. Tenía una cubierta abombada y rica ornamentación en los laterales: una delicada cenefa en forma de rama y dos círculos centrales con seis rosetones cada uno. El arqueólogo se dio cuenta enseguida de que aquel osario era especial. Advirtió que en ambos extremos figuraban asimismo unas inscripciones, y tuvo entonces la certeza de que aquella elaborada decoración tendría que ver con el nombre, ilustre sin duda, escrito en la piedra caliza.

Cuando consiguió descifrar aquellos textos, el experimentado Greenhut tuvo que sentarse y tomar aliento. Porque aquel hallazgo casual podía ser sin duda uno de los más importantes de la historia. En aquel osario, repetido en ambas caras, aparecía el nombre completo en arameo de su dueño: «Yehosef bar Qafa». O, lo que es lo mismo: «José, hijo de Caifás». La denominación precisa con la que el historiador judío Flavio Josefo, y sólo él, se refiriera al Sumo Sacerdote del Sanhedrín que condenó a Jesús.

Si se concluía que todo era auténtico, que los huesos contenidos en ese osario pertenecieron verdaderamente a Caifás, se trataría de los primeros y únicos restos físicos hallados jamás de un personaje nombrado en la Biblia.

El gobierno ya había realizado cuidadosas gestiones para preservar al máximo el secreto e impedir por todos los medios el acceso al lugar. Mientras, Greenhut había reclutado al equipo reducido que se ocuparía del estudio, análisis y autenticación de los osarios y su contenido. Sólo quedaba encontrar un asistente de epigrafía capaz de coordinar la recopilación y traducción de los datos obtenidos, alguien con la suficiente preparación como para manejarse razonablemente en aquella investigación inesperada y elaborar documentos diarios de resultados.

«Greenhut es primo de mi mujer», me dijo Samuel entonces. «Cenamos anoche en casa y se me ocurrió decirle que yo conocía a alguien que encajaría perfectamente con lo que busca.» Se quedó callado y me miró sonriente. Yo no podía dar crédito a lo que estaba escuchando. Estallé sin querer en una risa nerviosa. Estaba loco si había pensado en mí para ese trabajo. Samuel, categórico, aseguró que aquella era una oportunidad única para mí: tenía la formación adecuada, mi inglés era más que bueno, era fuerte, sociable, concienzuda, amaba esta tierra y sus palabras, rastrear su origen y su sentido. ¿Por qué no?

Entre el pánico y el orgullo, supongo que balbuceé algo acerca de mis limitaciones con el hebreo y mi ignorancia supina acerca de todo lo relacionado con la arqueología... pero no pude resistirme al vértigo que me envolvía y sólo pregunté: «¿Cuándo?». Y aquel judío entrañable, que brillaba como una tea encendida, me dijo: «Cuanto antes, *talitha*. Unos huesos y unas piedras muy, muy viejas te esperan».

De modo que en un par de días ya estaba a disposición del ilustre arqueólogo Zvi Greenhut y su equipo de especialistas. Greenhut, un hombre amable y concentrado de poco más de cuarenta años, de manos delicadas y rostro bronceado, comenzó a instruirme sin demora.

Había muy pocas personas mencionadas en la Biblia cuya existencia se hubiera podido probar a través de evidencias arqueológicas. Demostrar que las inscripciones y los restos encontrados se correspondían con Caifás, el Sumo Sacerdote que vivió en tiempos de Jesús, supondría un hallazgo de decisiva importancia. Verificaría un elemento vital en la historia del juicio y crucifixión de Jesucristo: la propia existencia del líder del Sanhedrín en aquel tiempo preciso. Me llevó a visitar primero la cueva, donde me explicó que, en el interior del osario 6, el de la doble inscripción «YEHOSEF BAR KAYAF-A», se habían encontrado huesos de hasta cinco o seis personas diferentes: un adolescente de unos quince años, dos o tres niños de entre tres y cinco, una mujer adulta sobre los cuarenta y un hombre anciano en torno a los sesenta años.

Inmediatamente después, me acompañó a la Sala de los Osarios, una enorme estancia con doble cerradura de seguridad custodiada día y noche por dos jóvenes impassibles de uniforme, donde estaban depositados los osarios sobre immaculados lienzos blancos, cada uno con su número bien visible. Allí me presentó a Ronny Reich. Yo sería su sombra y su asistente particular. El arqueólogo Ronny Reich era una de las más prestigiosas autoridades mundiales en epigrafía. Amigo personal y hombre de confianza de Greenhut, su especialización cobraba una relevancia determinante por el carácter descriptivo de las inscripciones halladas en los osarios. Desde el primer momento, me dejó claro que debía fijarme muy bien en cada aspecto que me indicara, y anotar cada comentario o idea que fuera surgiendo.

Ronny era un hombre joven y afable, muy observador y reflexivo. Tenía el cabello rubio y rizado, y sus dientes levemente separados le daban un aspecto pícaro. Cada mañana, muy temprano, nos sentábamos a la mesa de un minúsculo despacho inundado de libros, habilitado en un cuartito interior, y planificábamos la jornada. Luego, como escribas concienzudos y observadores, analizábamos las inscripciones como si nos fuera la vida en ello.

«Osario 3. Una única inscripción: *KAF-A*, “Caifás”. El mismo nombre que aparece en el osario 6, en dos diferentes escrituras:

*Kafa*, como aquí, y *Kayafa*, con la inclusión de una yod, probablemente para facilitar la correcta pronunciación *Kayafa*.

»Osario 6. Dos inscripciones en los extremos del osario: *Yehosef bar Kafa* y *Yehosef bar Kayafa*. En ambos casos, “José, hijo de Caifás”. Ambas idénticas, con la leve diferencia de la yod añadida en la última palabra de la segunda.»

Se trataba de inscripciones de pequeño tamaño, toscamente grabadas, con intención de identificar y no de hacer exhibición pública alguna. Parecía probable que los parientes utilizaran un instrumento agudo, afilado, para marcar los nombres de aquellas personas cuyos restos entregaban a esas urnas para su eterno reposo y poder reconocerlos luego. Quizá creyeran que escribir sus nombres era una forma de no olvidarlos. Todas estaban en arameo, una de las tres lenguas que, junto al hebreo y el griego, eran usadas por los judíos en el período del Segundo Templo.

Creo que el día en que Ronny empezó a compartir conmigo sus conocimientos sobre los nombres judíos fue cuando aquellas cajas de piedra empezaron a cobrar un sentido nuevo para mí: *Yehosef*, «José», con sus variantes *Yosef* y *Yoseb*, era el segundo nombre más habitual entre los utilizados para los hombres judíos en el período del Segundo Templo. *Kayafa*, «Caifás», es un nombre arameo que, por primera vez en la historia, aparece en una inscripción. ¿Era, entonces *Kafa*, Caifás, la persona cuyo nombre aparecía en el osario 3, el padre del que daba nombre al osario 6 (*Yehosef bar Kafa*, José hijo de Caifás)? No. Parece evidente que *Kafa* o *Kayafa* era un apodo. Es más plausible asegurar que en ambos casos se hacía referencia a un ascendente que adquirió en su día lo que se había convertido en un apodo familiar heredado por sus descendientes.

Aquello fue para mí como rasgar con un solo gesto los velos que hasta entonces me habían mantenido al otro lado de la historia. Sentí que se me daba acceso a un mundo desconocido y misterioso de siglos.

Tanto las inscripciones del osario 3 como del 6 utilizaban la forma original semítica del nombre: *apyq*. Esto indicaba que la pronunciación correcta sería *kefa*, que significa «piedra». *Cefas* era, por

tanto, el equivalente hebreo del griego *petros*. ¿De qué se trataba entonces: de un constructor, un cantero, un escultor? Efectivamente, «José, hijo de Caifás» podía significar «José, de la familia de Caifás». Pero, en definitiva, se trataba de osarios que albergaban los restos de personas directa o indirectamente relacionadas con uno de los linajes de sacerdotes más importantes de Jerusalén durante el siglo I después de Cristo. La estirpe de Caifás. Esta familia tomó el apodo de un ancestro, que probablemente lo adquirió debido a su profesión o habilidad. Y los miembros de esta rama de la familia alcanzaron posteriormente una elevada posición en Judea, lo que justifica que dispusieran de este tipo de segundo enterramiento, sólo reservado a los pudientes de entonces.

La única evidencia histórica comprobada hasta entonces era que hubo un Caifás que fue el Sumo Sacerdote en Jerusalén entre los años 18 y 37 del siglo I. Los Evangelios de Mateo, Lucas y Juan, así como los Hechos de los Apóstoles, lo mencionaban expresamente con este apodo.

Pero solamente existía una referencia histórica en la que se aportaba, hasta por dos veces, su nombre completo: «José que era llamado Caifás del sumo sacerdocio». El historiador judío Flavio Josefo, en su monumental obra *Antigüedades judías*, utilizó la palabra griega *epikaloumenon*, reafirmando explícitamente que Caifás era en realidad un apodo.

Envuelta por la fascinación acerca de las pequeñas historias que se iban cincelandando detrás de la gran historia contada a medias, me sumergí con avidez en lecturas acerca de la época. Busqué con entusiasmo información acerca de Caifás y de su vida, para toparme con un inmenso vacío de siglos. Apenas cuatro brochazos aquí y allá, pero nada relevante. Me preguntaba cada noche cómo habría sido aquel personaje turbio y controvertido, vilipendiado y temido a partes iguales, tan decisivo en su tiempo como caricaturizado a lo largo de casi dos milenios. Me preguntaba, conmovida sin querer, quiénes serían aquella mujer y esos niños anónimos, cuyos restos lo acompañaban en el osario. Y me preguntaba en secreto si alguien llegaría a descubrirlo algún día y se ocuparía de contárselo al mundo.

Meses después de darse a conocer el descubrimiento por la revista *Jerusalem Report*, el respetado Bruce Chilton, profesor de historia de las religiones de la Universidad Bard en Annandale-on-Hudson, en Nueva York, afirmó que los huesos y la moneda hallados en los osarios de aquella cueva «podían coordinarse cronológicamente con» las referencias a Caifás en la literatura rabínica, el Nuevo Testamento y los escritos del historiador judío Josefo. Todo el equipo sintió que habían triunfado, por encima de las incertidumbres y las frustraciones. «No alcanzo a imaginar un descubrimiento más importante sobre aquel periodo de la historia», agregó Chilton, prestigioso erudito sobre judaísmo y cristianismo primitivo.

Además, todos los expertos consultados habían concluido que las inscripciones grabadas en los osarios estaban cubiertas por la pátina original de la piedra, lo que significaba que no habían sido manipulados posteriormente, como había ocurrido con restos similares encontrados en otros hallazgos arqueológicos.

La ratificación, fuera de toda duda, de la autenticidad de los restos descubiertos provocó un revuelo considerable en el mundo científico. «Es la primera prueba física de la existencia de una persona del Nuevo Testamento», aseguraba Ronny Reich, satisfecho, a todo el que quiso preguntarle.

Celebramos con una gran cena de conclusión del trabajo y despedida aquel resultado incontestable. Todo el equipo compartió potaje de judías, fuentes de pan de pita, *falafel* y *tabina*, mucha carne deliciosa (*shishblik* en brocheta y *shwarma* en rodajas), y también *gefilte*, un plato de pescado blanco, además de ensalada abundante. Me sentía como Ricitos de Oro entre aquellos osos sabios, infinitamente agradecida por su hospitalidad generosa. Zvi Greenhut contaba, mientras picoteaba sin cesar de los platillos con aperitivos, que él siempre había pensado en hacer carrera como saxofonista, hasta que una excavación de cuatro días en el Négev lo sacudió como ningún disco de Charlie Parker lo había hecho antes. Para él, no había nada comparable a intentar reconstruir lo que existió hace dos mil, tres mil años o más, justo allí, en esa tierra.

Brindamos con el que dijeron era el mejor sabra de Jerusalén. Aquel dulce y rotundo licor de chocolate y naranja había alegrado muchas noches de camaradería en el kibutz, y nada me parecía más adecuado en aquel momento. Ronny me contaba sin parar chistes de judíos. Decía: «El último, lo prometo. A ver si sabes por qué a los hombres judíos se les hace la circuncisión», y yo negaba con la cabeza, limpiándome las lágrimas con los dedos. «Porque las mujeres judías no se acercan a nada que no tenga por lo menos un 20% de descuento.» Nos reíamos con ganas, dándonos palmadas en las piernas y sirviéndonos mutuamente un vasito de sabra tras otro. Había humo, música y un tremendo calor, pero ni lo notábamos. Era como rozar la gloria y la felicidad con los dedos.

A la mañana siguiente, no había nadie en los despachos del sótano, ni en el laboratorio. Los muchachos de guardia en la puerta de la Sala de los Osarios se limitaron a saludarme con una leve inclinación de cabeza. Introduje con cuidado la llave de seguridad y comprobé con alivio que también estaba vacía. Acerqué uno de los taburetes hasta el osario 6 y apoyé mi carpeta en el tablero. Recorrí con los dedos por última vez los burdos perfiles de aquellas inscripciones que ya llevaba grabadas en mi corazón, y me despedí de aquella hermosa caja de piedra, como de un perro anciano que te ha hecho feliz pero al que ya le ha llegado la hora de descansar.

Abrí la carpeta y saqué un pliego de finísimo papel de color crema. Lo extendí con cuidado y con mi mejor letra, en todos los idiomas que había llegado a conocer y amar, escribí, como si de una escueta carta de despedida se tratara, la breve ficha que resumía aquellos meses de intenso deslumbramiento.

DESCRIPCIÓN: Osario del Sumo Sacerdote José de Caifás

SOPORTE: Piedra caliza

TAMAÑO APROXIMADO: 29 × 74 cm.

DATACIÓN: Siglo I d.C.

INSCRIPCIONES: Dos, de una línea de escritura: Yehosef bar Qayafa

LENGUA: Arameo

DESCUBRIMIENTO: Parque de la Paz, monte Talpiyot, Jerusalén, Israel, noviembre 1990

ARQUEÓLOGO: Zvi Greenhut, Autoridad de Antigüedades de Israel

DESTINO: Museo de Israel, Jerusalén

NUEVO ENTERRAMIENTO DE LOS HUESOS: Monte de los Olivos, Jerusalén

Todos se habían dado por satisfechos con el reconocimiento de los restos a los que las inscripciones aludían. Bastaba con el gran nombre del gran hombre. Los demás, simplemente familiares anónimos. Volví a sentirme profundamente en deuda con aquella mujer y aquellos niños cuya identidad a nadie había interesado investigar. Junto con los del Sumo Sacerdote, también reposarían definitivamente en el bíblico Oliveto los otros huesos mezclados con los suyos que nadie sabía a quién pertenecieron. Pero en mi corazón iba a permanecer durante mucho tiempo la pesadumbre por no saber o imaginar quiénes fueron esos pequeños, alegría o tormento de Caifás, quién aquel adolescente que pudo encarnar sus más altos sueños, por qué y cuándo murieron, si antes o después que el propio Sumo Sacerdote. Y, sobre todo, quién fue aquella mujer aún joven que habría de acompañarlo durante toda la eternidad. Cómo hablaría, qué aspecto tendría, qué le ocurrió. ¿Sería su esposa, la madre de sus hijos? ¿O acaso su hermana, o su madre? ¿O puede que incluso su propia hija? ¿Quién fue?

No se sabía prácticamente nada de la biografía personal y familiar de José de Caifás. El hombre aborrecido y ridiculizado a través de los siglos por las versiones dadas en los Evangelios sobre su participación en la condena y muerte de Jesús. Quizá, precisamente por eso, yo seguía teniendo la absoluta seguridad de que las respuestas sobre lo que en verdad pasó habían de estar vinculadas a lo cotidiano. Estaba convencida de que la resolución completa del enigma tendría que ver más con los afectos y relaciones del todopoderoso Sumo Sacerdote, que con las supuestamente demoníacas maquinaciones de un siniestro Sanhedrín desequilibrado. Me prometí que algún día escribiría sobre ello. Se lo prometí a ellos. Sabía que mi trabajo había terminado. De modo que dejé la ficha sobre el escritorio de Ronny y abandoné la Sala de los Osarios sin volver la cabeza.

En todo el tiempo transcurrido desde entonces, se podría decir que he vivido mucho o que no he hecho más que transitar por la vida. Todo depende de cómo se mire. Podría enumerar anécdotas y sucesos, una buena colección de desdichas y bastantes momentos luminosos, viajes, trabajos de más o menos éxito. Podría hablar de las personas y personajes que han ido desfilando por estos años. Pero no sé si eso realmente importa. Lo que sí puedo decir es que, hasta ahora, nunca he hecho lo que de verdad quería hacer. Simplemente, con mejor o peor fortuna, he ido respondiendo a lo que la vida me ha ido poniendo por delante.

Podría contar quizá que he amado mucho y me han engañado o decepcionado casi siempre. He recorrido el mundo recolectando como un entomólogo unos cuantos instantes perfectos para conservar en mi memoria y alimentarme de su recuerdo. Mi padre murió hace doce años y mi madre el verano pasado. Vivo sola, y no tengo más familia que unos parientes casi desconocidos en Toledo, pero sí un puñado de amigos de oro puro que me alegran los días. Y he llegado a ser una editora de cierto nombre, con un buen sueldo y amplio reconocimiento, que lleva mucho tiempo más que harta de vivir de las palabras de otros. Por eso he decidido por fin escribir las mías.

Hace ya casi dos meses que dejé la editorial, y ahora vuelvo a ser una principiante, aunque el recién emprendido oficio de escribir va tomando forma poco a poco. A tientas muchas veces, envuelta en dudas casi siempre, pero ya sin angustia por el mañana. Los miedos han desaparecido, porque ahora sé que no puedo controlar sentirlos o no. En mi mano tan sólo está la decisión de afrontarlos con coraje o cobardía, y he optado por ser un poquito valiente. Humildemente valiente.

Pero esa es una historia que debe ser contada en otro lugar, Michael Ende *dixit*.

El avión está descendiendo, a punto de tomar tierra en Tel-Aviv. En el taxi camino a Jerusalén, voy rastreando en mi corazón los vesti-

gios de aquella muchacha desconcertada que, media vida atrás, buscó en esta tierra un nuevo comienzo. Esta vez, sin embargo, sé muy bien lo que tengo que hacer.

Amanece en la Ciudad Santa, que se prepara ya para las millones de pisadas pascuales que sobrevendrán pronto hasta dejarla extenuada de muchedumbres y celebraciones. El aire fresco de final de invierno huele a romero. Jerusalén despierta, entre la llamada de los muecines y los pasos apresurados de los *basidim*. Espero a que abran las puertas del Museo de Israel. Aún no hay apenas visitantes. El recinto imponente sobre la colina me produce una emoción indefinible. Una amable señora canosa de dientes grandes y lentes de media luna me indica que debo dirigirme al área de exposición denominada *La cuna del cristianismo*. Me tienta perderme y pasear sin prisa por los jardines sembrados de arte e historia, incluso recrearme un rato ante los Manuscritos del mar Muerto, en su reposo tranquilo bajo la inconfundible cúpula blanca. Pero voy directamente al lugar donde me espera aquella caja de piedra. La recuerdo tan nítidamente como si la hubiera tenido ayer entre mis manos.

El osario de Caifás parece brillar con una luz tenue en la urna de cristal que lo contiene. Me detengo ante él y siento una enorme paz por el reencuentro. Estoy allí para cumplir por fin la promesa que un día hice a los huesos de una mujer sin nombre. Mudos, silenciosos, desconocidos, permanecieron durante casi dos mil años junto a los del Sumo Sacerdote, para ser devueltos igualmente anónimos y exentos de interés a la tierra por la que un día caminé.

Pero para mí ya llegó el tiempo de reconciliarme con el pasado, y es sólo ahora cuando estoy preparada y dispuesta para devolverle su voz. Para darle a ella la palabra, e incluso el nombre que a nadie le interesó nunca saber. Pienso que en el mundo interior no existe la distancia ni el tiempo. Y que, en ese mundo interior, cada ser contiene toda la historia de todos los seres habidos antes.

Sonrío con la serenidad de la certidumbre. Acaricio mentalmente las inscripciones y los delicados grabados en la piedra fría, y murmurando en silencio, me doy permiso para regresar y comenzar la tarea.

—Yo escribiré tu historia, hermana de veinte siglos. Te llamaré Miriam.



aleph

## El buey

Nadie sabe cuántas palabras conoce, ni cuántas palabras ha pronunciado desde que rompió a hablar con sentido, ni cuántas palabras le quedan por decir antes de que sus labios queden definitivamente sellados.

Hace tres años que mi boca enmudeció por un poder más grande que la voluntad. Y desde entonces, las palabras se han quedado revoloteando como mariposas nocturnas dentro de mi cabeza, aleteando en torno a mi corazón como si de una lámpara de aceite siempre encendida se tratase.

Soy una mujer mayor, de casi cuarenta años, sola y silenciosa. Todos los que amé, a mi manera extraña y despegada, ya han muerto o se han ido lejos. Mi Señor, el poderoso Caifás, relevado de su cargo y de sus privilegios, y perdida la protección de Roma tras la destitución de Pilato, decidió marcharse anoche, sin demora, llevándose a los niños consigo. Jonatán, su cuñado, deseaba ocupar su nuevo cargo y tomar posesión del palacio sacerdotal cuanto antes. Y el orgullo de mi Amo quiso ahorrarse el verlo merodear, azuzando desde el patio que comunica con la gran casa vecina de su padre, el anciano Anás.

Yo también he sido, por tanto, despedida y apartada. Pero,